

LOS INGENIEROS DEL CAOS



Giuliano da Empoli

LOS INGENIEROS DEL CAOS

OBERON

Título original: *Les ingénieurs du chaos*

Traductor: Nicolás Boullosa

Revisión: Gelsys M. García Lorenzo

Traducción del epílogo y maquetación: Claudia Valdés-Miranda Cros

Responsable editorial: Eugenio Tuya Feijóo

Primera edición: 2020

5.^a reimpresión revisada: junio de 2025

Título original: *Les ingénieurs du chaos*

© 2019 éditions Jean-Claude Lattès

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Su reproducción o comunicación por cualquier medio requiere autorización previa.

© EDICIONES ANAYA MULTIMEDIA (GRUPO ANAYA), 2020, 2025

Calle Valentín Beato, 21, 28037 Madrid.



Depósito legal: M-3140-2020

ISBN: 978-84-415-4219-8

Impreso en España.

*«Los malos, sin duda, han comprendido algo que
los buenos no saben».*

—WOODY ALLEN

Sobre el autor



Nacido en París en 1973, Giuliano da Empoli dirige el laboratorio de ideas Volta en Milán. Ex alumno del prestigioso Instituto de Estudios Políticos de París, Sciences Po, fue vicecalde de Cultura en Florencia y más tarde asesor político del primer ministro italiano Matteo Renzi. Es autor de numerosos ensayos, entre ellos *La peste et l'orgie* (2006) y *Le Florentin* (2016). Reside en París.

En abril de 2022 publicó *Le Mage du Kremlin* en la Collection Blanche, que obtuvo el Premio Honoré de Balzac, el Grand Prix de la Academia Francesa y fue finalista del último premio Goncourt.

Índice

Sobre el autor	6
Introducción.....	8
El Silicon Valley del populismo	23
El Netflix de la política	37
Waldo a la conquista del planeta	63
Trol Supremo.....	89
La extraña pareja en Budapest.....	119
Los físicos	139
Conclusión. La era de la política cuántica.....	163
Epílogo.....	175
Notas bibliográficas.....	187

Introducción

El 19 de febrero de 1787, Goethe se hallaba en Roma. Recién llegado a la ciudad al inicio del otoño, decidía instalarse en un apartamento anónimo de la Via del Corso, desde donde podía contemplar, sin ser visto, el bullicio de la arteria principal del centro histórico. El poeta había venido a buscar en la ciudad eterna todo lo que, hasta ese momento, había faltado en su vida de niño prodigio de la literatura alemana, de consejero privado del gran duque de Weimar, de responsable de minas y caminos del ducado. Sobre todo, había venido a buscar la libertad de disponer de su tiempo a placer. Para no ser importunado por los admiradores del joven Werther que, dondequiera que fuera, lo habían estado persiguiendo durante años, optó por procurarse una identidad falsa, la de un pintor, Jean-Philippe Möller, que le garantizaba en ese momento una tranquilidad que él sentía necesaria.

Pero ese día, el poeta escuchó un gran revuelo en el exterior. Se asomó entonces a la ventana y asistió a una escena inesperada: en los balcones y ante las puertas de los inmuebles vecinos, los habitantes habían dispuesto sillas y alfombras como si, de repente, quisieran transformar la calle en sala de estar. Mientras tanto, en el Corso, el sentido del movimiento de los carruajes se había invertido, suscitando el caos, y unos personajes peculiares habían aparecido de repente entre la multitud. *«Unos jóvenes disfrazados de mujeres del vulgo, acicalados con sus vestidos de fiesta, a pecho descubierto, descarados hasta la insolencia, provocan a los hombres con que tropiezan, tratan de tú y sin consideración a mujeres y hombres por igual, se abandonan a todos los excesos, según les dicten el*

capricho, el ingenio y la vulgaridad». De manera simétrica, «las mujeres se divierten a su vez mostrándose en ropa de hombre», lo que daba pie a efectos ambiguos que el poeta no dudó en calificar de «muy interesantes». Había incluso, en medio del gentío, un personaje con dos caras: «No entiendes dónde está su anverso y dónde su reverso, ni si va o viene».

Era el arranque del carnaval, la fiesta que pone el mundo patas arriba y revierte no solo las relaciones entre los sexos, sino también entre las clases y todas las jerarquías que normalmente administran la vida social. «Aquí, basta solo una señal —escribe de nuevo Goethe— para anunciar que todo el mundo puede desmadrarse como quiera y que, a excepción de la greña a bastonazos y a navajazos, se permite casi todo. La diferencia entre castas, altas y bajas, parece, por un instante, interrumpida; todos se agolpan sin distinción, todos aceptan con desenvoltura lo que les acontezca, mientras que la libertad y el consentimiento mantienen su equilibrio gracias al buen humor universal».

En el interior de esta atmósfera, los cocheros se disfrazaban de señores y los señores de cocheros. E incluso los clérigos en hábito negro, por lo general detentores del máximo respeto, se convertían en blanco ideal de tiradores de proyectiles de tiza y arcilla. Así, rápidamente, los infortunados aparecían cubiertos de pies a cabeza de manchas blancas y grises. Nadie era inmune a un ataque y mucho menos los miembros de las familias más respetables, concentradas en torno al Palazzo Ruspoli, donde se desataban más bien los asaltos más inclementes y las trifulcas más sangrientas. Al mismo tiempo, los polichinelas, que aparecían por cientos, se reunían en otro lugar para elegir a un rey, coronarlo, ponerle un cetro en la mano, acompañarlo al son de la música y conducirlo a grito pelado a lo alto del Corso en un pequeño carro decorado.

Todo ocurría en una atmósfera de alegría general, aunque Goethe no dejara de percibir algunos equívocos: «*No es raro —escribe en una ocasión— que la lucha se vuelva seria y general; y entonces es aterrador ver la crueldad y el odio personal con que todos se ensañan*». O, al describir la carrera de caballos que tenía lugar en el Corso, mencionaba los graves incidentes y las «*numerosas tragedias que, además, pasan desapercibidas y a las cuales no se concede importancia alguna*». Este era el lado oscuro del carnaval, la combinación inextricable de la fiesta y de la violencia en la que se basaba su potencial subversivo y que casi siempre dejaba a los participantes con la duda latente sobre la verdadera naturaleza de lo que había sucedido en realidad. El carnaval no era una fiesta cualquiera, sino la expresión de un sentimiento profundo e incontenible que ardía bajo los rescoldos de la cultura de los pueblos. No es casualidad que, como señala una vez más Goethe, no se tratara de una celebración que las autoridades ofrecían al pueblo, sino más bien de una «*fiesta que el pueblo se ofrece a sí mismo*».

Desde la Edad Media, el carnaval había servido al pueblo de oportunidad para derrocar, de manera simbólica y por un tiempo limitado, todas las jerarquías instituidas entre el poder y los dominados, entre lo noble y lo banal, entre lo alto y lo bajo, entre lo refinado y lo grosero, entre lo sagrado y lo profano. En esta atmósfera, los tontos se volvían sabios, los reyes mendigos, y la realidad se confundía con la fantasía. Una transformación simbólica que casi siempre terminaba con la elección de un rey, un sustituto temporal de la autoridad vigente.

No debería sorprender, por tanto, que el límite entre la dimensión lúdica y la dimensión política del carnaval haya sido siempre bastante frágil. Así lo manifiestan los numerosos

episodios durante los cuales la festividad se convirtió en una revuelta, hasta el punto de ocasionar auténticas masacres, cada vez que la población no se conformó con destituir a los poderosos para burlarse, sino que trató de asesinarlos de verdad.

Tampoco debería sorprender que esta fiesta fuera abolida en todas partes, incluso en Roma, tras la Revolución francesa, por temor al efecto contagio. En Francia, fueron los propios jacobinos quienes abolieron el carnaval y llegaron a castigar con la pena de muerte a todo aquel que hubiera tenido la audacia de disfrazarse. «*Es una buena celebración para los pueblos de esclavos*», dirá Marat; la Revolución había logrado, de verdad y de una vez por todas, el derrocamiento, por lo que carecía de sentido seguir con la farsa: circulen, no hay nada que ver.

Sin embargo, ningún poder ha podido liberarse por completo del carnaval y de su espíritu subversivo. A lo largo de los siglos, este ha dejado de recorrer las calles para replegarse en los panfletos y caricaturas de los periódicos populares, hasta resurgir, más recientemente, en la sátira de programas televisivos y en las invectivas de los troles de Internet. Pero es solo hoy cuando el carnaval ha abandonado su lugar preferido, al margen de la conciencia del hombre moderno, para adquirir una nueva centralidad y posicionarse en calidad de nuevo paradigma de la vida política global.

En Roma, más de dos siglos después de la visita de Goethe, el carnaval recupera su posición privilegiada. El 1 de junio de 2018, un nuevo Gobierno tomaba posesión. Su líder es Míster Chance, el jardinero. Como Peter Sellers en la película *Bienvenido, Mr. Chance*, Giuseppe Conte —el nuevo presidente del Consejo— es un personaje anónimo que siempre está un poco fuera de lugar y, a través de una serie de extrañas circunstancias, llega a la cima del poder. Pero, a diferencia del

jardinero, al día siguiente del nombramiento de este profesor desconocido y sin experiencia política alguna, los principales periódicos extranjeros trataban de desenmascararlo. Revelaban, asimismo, que la única información disponible sobre Míster Conte, su currículum publicado en línea, estaba repleto de noticias falsas¹. A partir de ese momento, empezaban a llover de todo el planeta los desmentidos de las universidades más prestigiosas del mundo —New York University, Cambridge, la Sorbona—, citadas en el CV del jardinero como «lugar de desarrollo», las cuales deseaban aclarar que no conservaban ningún rastro de su paso.

No obstante, a pesar del desenmascaramiento internacional, el impasible Míster Conte continuaba su ascenso a la cima de las instituciones italianas. Ello permitía a los dos líderes políticos del Movimiento 5 Estrellas y de la Liga, los verdaderos hombres fuertes del nuevo Gobierno, lograr su objetivo: ocupar, discretamente, los escalafones del podio inmediatamente inferiores. Al menos el primero, el líder del Movimiento 5 Estrellas, Luigi di Maio, nombrado vicepresidente del Consejo y ministro de Industria y Trabajo, no tenía problemas de currículum. De treinta y tres años de edad y sin título universitario, este apenas había tenido una sola experiencia profesional a costas antes de convertirse en diputado gracias a los 189 votos obtenidos en las elecciones primarias en línea del Movimiento 5 Estrellas: empleado como mayordomo en el estadio de San Paolo de Nápoles («*Ostenté un cargo de alta responsabilidad* —había declarado al *Corriere della Sera*—, *acompañé a muchos VIP a su butaca*»). Pero ello no le impidió asumir rápidamente uno de los roles principales del nuevo carnaval romano y destacar gracias a

1. N. del T.: el autor opta por la expresión anglosajona «*fake news*».

su habilidad inefable para afirmar una cosa y su contraria en el transcurso de unas horas y protagonizar deslices y *fake news*² sin cesar. Como la ocasión en la que declaró que el Gobierno estaba imprimiendo seis millones de tarjetas para implantar una renta básica ciudadana, cuando la disposición legislativa que debía establecerlo no había sido aprobada ni discutida siquiera en el Parlamento. O la ocasión en que, de visita oficial en China, se había dirigido al máximo líder, Xi Jinping, llamándolo «señor Ping».

El auténtico hombre fuerte, coronado por *Time Magazine* como el nuevo rostro de Europa, era, sin embargo, el otro vicepresidente, Matteo Salvini; quien, desde el momento de asumir el cargo, encarnaba la descarada pantomima de un ministro de Interior capaz de tuitear casi a diario para propagar el miedo e incitar al odio racial. Desde el inicio de su mandato, varias docenas de «vídeos impactantes» publicados en línea por el propio Salvini hacían referencia a crímenes o abusos cometidos por negros o inmigrantes ilegales, desde los casos más graves a los eventos más triviales. «*Hoy, en toda Italia —comentaba, por ejemplo, en el verano de 2018—, los musulmanes fieles han celebrado la fiesta del sacrificio, que prevé el sacrificio de un animal, al que degüellan. En Nápoles, esta cabra fue rescatada en el último instante, pero en el resto del país cientos de miles de animales han sido sacrificados sin piedad*».

De manera patente, a pesar de ocupar un cargo institucional, «el Capitán», como lo llaman sus partidarios, no se esforzaba demasiado en conocer la veracidad de los hechos que avanzaba. No dudó en difundir información falsa sobre solicitantes de asilo que supuestamente habrían organizado una

2. N. del T.: en inglés en el original.

manifestación en Vicenza para reivindicar el derecho a ver el canal de televisión por cable Sky. Una historia que había sido desmentida por la Prefectura, es decir, por un órgano perteneciente al Ministerio que dirigía el propio Salvini.

En su primera aparición en escena, los otros miembros del Gobierno resultaron ser, desde el primero hasta el último, desconocidos del público italiano. Pero estos no tardaron mucho en ponerse a tono. De este modo, el mismo día que asumía el cargo, el nuevo ministro de Familia declaraba que «las familias gais no existen». Cuando se preguntó a la ministra de Salud sobre las vacunas, sostuvo estar personalmente a favor, pero que también se podían apoyar las opiniones contrarias. Por su parte, el ministro de Justicia puso inmediatamente entre las prioridades una de las medidas emblemáticas de su programa: la abolición de la prescripción de delitos. En el país del populismo real, debía ser posible demandar a cualquiera, en cualquier momento. Y no fue casual que, cuando pidiera la confianza del Parlamento para su Gobierno, el Sr. Conte tuviera un desliz y declarara estar listo para defender la «presunción de culpabilidad».

Unos días después, para completar las filas del Gobierno, aparecían en escena otros personajes que, a su vez, parecían haber sido seleccionados en una audición de Monty Python. El nuevo subsecretario de Estado a cargo de los asuntos parlamentarios, Maurizio Santangelo, es un adepto a la teoría conspirativa de las estelas químicas, según la cual los aviones de pasajeros serían usados por los gobiernos para diseminar por la atmósfera agentes químicos o biológicos nocivos para la población. Para ratificar esta teoría, este publica ocasionalmente en las redes sociales imágenes de estelas blancas que él considera sospechosas, acompañadas de comentarios del tipo: «¿En qué te hace pensar este cielo?».

El subsecretario de Estado del Ministerio del Interior, Carlo Sibilia, no era por su parte de los que dejaban engañar: la idea de que los estadounidenses habrían pisado la Luna todavía no le convencía. «*Hoy es el aniversario del alunizaje —tuiteaba—. ¿Es todavía posible que nadie haya tenido el coraje de decir que fue una farsa?»*. Pero el más hábil en lo que respecta a teorías conspirativas era, sin duda alguna, el secretario de Estado de Asuntos Europeos, Luciano Barra Caracciolo, quien, en su bitácora *Orizzonte48*, atacaba el euro, comparaba la Unión Europea con la Alemania nazi y reavivaba conciliábulo como Peligro Circular, según el cual los poderes financieros en la sombra habrían abolido la esclavitud a cambio de un modelo opresivo más sutil basado en el control de la moneda.

Solo el carnaval político romano ha logrado llevar el desmadre aún más lejos que la fantasía de Barra Carracciolo. De hecho, la escena política italiana ha comprobado cómo la mayoría de sus protagonistas intercambiaban sus máscaras durante el verano de 2019, al pasar de un Gobierno soberanista antieuropeo, guiado por Míster Conte, a un Gobierno progresista proeuropeo todavía dirigido por el inefable jardinero Conte, acompañado de su cortejo de polichinelas; entre ellos, el líder del Movimiento 5 Estrellas, Luigi di Maio, promovido a ministro de Relaciones Exteriores gracias, presumiblemente, a sus excelentes relaciones con el «señor Ping»...

Pero si Italia va fuerte como de costumbre, el retorno por la puerta grande del carnaval va mucho más allá de la península itálica. Un poco por todas partes, tanto en Europa como en otros lugares, el auge del populismo ha tomado la forma de un baile frenético que anula todas las reglas establecidas y las transforma en sus respectivas antagonistas. Los defectos de los líderes populistas se transforman, a ojos de

sus electores, en cualidades. Su inexperiencia sería la prueba de que no pertenecen al círculo corrupto de las élites y su inexperiencia se percibe como garantía de su autenticidad. Las tensiones que se producen a nivel internacional serían un ejemplo de su independencia y las *fake news*³, que nutren su propaganda, el símbolo de su libertad de espíritu.

En el mundo de Donald Trump, de Boris Johnson y de Jair Bolsonaro, cada día lleva su desatino, su controversia, su golpe de efecto. Apenas hemos tenido tiempo para comentar un evento cuando otro lo ha eclipsado ya, en una espiral infinita que cataliza la atención y satura la escena mediática. Frente a este espectáculo, existe la gran tentación, para muchos observadores, de alzar la mirada al cielo y dar la razón al Bardo: ¡El tiempo ha perdido sus estribos! Sin embargo, tras las apariencias desenfundadas del carnaval populista, se oculta el duro trabajo de docenas de *spin doctors*⁴, de ideólogos y, cada vez más, de científicos y expertos en *Big Data*⁵, sin los cuales los líderes populistas nunca habrían alcanzado el poder. Este libro cuenta su historia.

Esta es la historia de un experto en marketing italiano que comprendió, a principios de la década de 2000, que Internet revolucionaría la política, a sabiendas de que la era no estaba todavía lista para un partido puramente digital. De este modo, Gianroberto Casaleggio enrolará a un humorista, Beppe Grillo, para convertirlo en el primer avatar de carne y hueso de un partido-algoritmo, el Movimiento 5 Estrellas, asentado enteramente sobre la recopilación de datos de los electores y la satisfacción de sus demandas, ajeno a todo

3. N. del T.: en inglés en el original. En adelante, «noticias falsas».

4. N. del T.: en inglés en el original. En adelante, «propagandistas».

5. N. del T.: en inglés en el original.

sostén ideológico. Es casi como si, en lugar de ser reclutada por Donald Trump, una sociedad de inteligencia de datos⁶ al estilo de Cambridge Analytica hubiera tomado directamente el poder y elegido a su propio candidato.

Es la historia de Dominic Cummings, el director de la campaña del Brexit, quien había afirmado: «*Si quieres progresar en política, no emplees a expertos o comunicadores, sino más bien a físicos*». Gracias al trabajo de un equipo de científicos, Cummings pudo embaucar a millones de votantes indecisos de cuya existencia sus adversarios no tenían siquiera sospecha, gracias al envío de los mensajes más oportunos, en el momento más oportuno, para convertirlos a la causa del Brexit.

Es la historia de Steve Bannon, hombre orquesta del populismo estadounidense, quien, tras conducir a Donald Trump a la victoria, sueña ahora con fundar una Internacional Populista para combatir lo que él llama el partido de Davos de las élites globales.

Es la historia de Milo Yiannopoulos, el bloguero inglés a través del cual la transgresión ha cambiado de bando. Si, en la década de 1960, los gestos de provocación de los manifestantes se proponían movilizar la moral común y romper los tabúes de una sociedad conservadora, hoy los nacional-populistas adoptan un estilo transgresor en sentido opuesto: romper los códigos de la izquierda y de lo *politically correct*⁷ se ha convertido en la primera consigna de su comunicación.

Es la historia de Arthur Finkelstein, un homosexual judío de Nueva York que se convirtió en el asesor más eficaz de Viktor Orban, abanderado de la Europa reaccionaria,

6. N. del T.: «Big Data» en el texto en francés.

7. N. del T.: en inglés en el original. En adelante, «políticamente correcto».

comprometido en una lucha sin tregua en la defensa de los valores tradicionales.

Juntos, estos ingenieros del caos están reinventando una propaganda adaptada a la era de los selfis⁸ y de las redes sociales y, al hacerlo, están transformando la naturaleza misma del juego democrático. Su acción es la traducción política de Facebook y Google. Esta es naturalmente populista porque, al igual que las redes sociales, no tolera ningún tipo de intermediación y usa con todo el mundo la misma vara de medir, con un solo parámetro de juicio: los *me gusta*. Es indiferente al contenido porque, como las redes sociales, solo tiene un objetivo: el que los jóvenes genios de Silicon Valley llaman «compromiso»⁹ y que en política se traduce como adhesión inmediata.

Si el algoritmo de las redes sociales se ha programado para servir al usuario cualquier contenido que pueda atraerlo un poco más a menudo y mantenerlo un poco más de tiempo en la plataforma, el algoritmo de los ingenieros del caos los empuja a la posición que haga falta (razonable o absurda, realista o intergaláctica), a condición de que capte las aspiraciones y los temores —especialmente los temores— de los votantes.

Para los nuevos doctores *Strangelove*¹⁰, la jugada no consiste ya en unir a la gente en torno a un mínimo común denominador, sino, en cambio, inflamar las pasiones del mayor número posible de grupúsculos y sumarlas a continuación, incluso sin que estos lo sepan. Para conquistar una

8. N. del T.: en inglés en el original.

9. N. del T.: el autor usa el vocablo en inglés entre comillas: «engagement».

10. N. del T.: Referencia a la comedia satírica cinematográfica, escrita y dirigida por Stanley Kubrick, *¿Teléfono rojo?, volamos hacia Moscú* (título original: *Dr. Strangelove or: How I Learned to Stop Worrying and Love the Bomb*), estrenada en 1964.

mayoría, su idea no es converger hacia el centro, sino aglutinarse en los extremos.

Al azuzar la ira de cada grupúsculo sin preocuparse por la coherencia del conjunto, el algoritmo de los ingenieros del caos diluye las viejas barreras ideológicas y rearticula el conflicto político sobre la base de una oposición maniquea entre el «pueblo» y las «élites». En el caso del Brexit, así como en el de Trump y el de Italia, el éxito de los nacional-populistas se mide por su capacidad de hacer saltar por los aires la división izquierda/derecha y captar votos de todos los enojados, no solo los de los fachas.

Por supuesto, al igual que las redes sociales, la nueva propaganda se alimenta principalmente de emociones negativas porque estas aseguran la mayor participación; de ahí el éxito de las noticias falsas y las teorías de la conspiración. Pero también cuenta con un lado festivo y liberador, demasiado a menudo pasado por alto por quienes hacen hincapié en el lado oscuro del carnaval populista. El escarnio ha sido siempre el instrumento más eficaz para derribar las jerarquías. Durante el carnaval, un buen ataque de hilaridad entierra la pompa del poder, sus reglas y sus pretensiones. No hay nada más devastador para la autoridad que la impertinencia que la convierte en blanco de las burlas. Ante la solemnidad programática del poder, frente al aburrimiento y la arrogancia que emanan de cada uno de sus gestos, el bufón transgresor al estilo Trump o la explosión contestataria al estilo de los «chalecos amarillos» provocan una sacudida que libera energías. Los tabúes, las hipocresías y las convenciones lingüísticas se desmoronan en medio de los aplausos de la multitud delirante.

Durante el carnaval, no hay sitio para el espectador pasivo. Todo el mundo participa en la celebración furibunda y no hay insulto o broma demasiado vulgares si contribuyen a la

demolición del orden dominante y su sustitución por una dimensión de libertad y fraternidad. El carnaval produce en quienes participan en él un intenso sentimiento de plenitud y renacimiento, el sentimiento de pertenencia a un cuerpo colectivo que se renueva. De espectador todo el mundo pasa a ser actor, sin discriminación alguna en función de los ingresos o el nivel educativo. La opinión del primer transeúnte vale tanto como la del experto, o más incluso. Mientras tanto, la máscara ha cambiado de lugar en Internet, donde el anonimato produce el efecto de la desinhibición que, en épocas pretéritas, surgía al ponerse un disfraz. Los troles son los nuevos polichinelas que vierten gasolina sobre el fuego liberador del carnaval populista.

En este ambiente, no hay nada más pernicioso que interpretar el rol de aguafiestas. El verificador¹¹ que subraya la falta con bolígrafo rojo, el liberal que señala con un arqueado de cejas su indignación ante la vulgaridad de los nuevos bárbaros. «*He aquí el motivo de la infelicidad de la izquierda* —dice Milo Yiannopoulos—: *no tiene la más mínima inclinación a la comedia o la celebración*». A ojos de los populistas en plena jarana, el progresista es un pedante con ademán afectado. Su pragmatismo es percibido como sinónimo de fatalismo, mientras que los reyes del carnaval prometen dinamitar la realidad existente.

La vida no solo consta de derechos y deberes, cifras que respetar y formularios que cumplimentar. El nuevo carnaval no atiende al sentido común, sino que despliega su propia lógica, más cercana al teatro que a las aulas, más deseosa de cuerpos e imágenes que de textos e ideas, más centrada en la intensidad narrativa que en la exactitud de los hechos. Una razón sin duda muy alejada de las abstracciones cartesianas, pero no por ello

11. N. del T.: el autor usa en el original en francés la expresión en inglés «*fact-checker*».

privada de una coherencia inesperada, sobre todo en lo concerniente a su manera sistemática de derrocar las normas consolidadas para proclamar otras de signo opuesto.

Tras el aparente disparate de las noticias falsas y las teorías conspirativas se oculta una lógica muy sólida. Desde el punto de vista de los líderes populistas, los hechos alternativos no son solo un mero instrumento propagandístico. A diferencia de la información fehaciente, son un formidable factor de cohesión. *«En muchos sentidos, los exabruptos son un instrumento organizativo más eficaz que la verdad —escribía Mencius Moldbug, bloguero de la derecha alternativa¹² estadounidense—. Cualquiera puede creerse la verdad, mientras que creer en lo absurdo es una auténtica muestra de lealtad. Y quien tiene un uniforme tiene un ejército».*

Así, el líder de un movimiento que integra noticias falsas para construir su propia visión del mundo se desmarca del común de los mortales. No se trata de un burócrata pragmático y fatalista como los demás, sino de un hombre de acción que construye su propia realidad para satisfacer las expectativas de sus discípulos. En Europa como en otros lugares, las mentiras están en boga porque se funden en un relato político que capta los miedos y las aspiraciones de una parte creciente del electorado, mientras que los hechos de quienes luchan contra ellos se insertan en una narrativa que ya no se considera creíble. En la práctica, para los seguidores de los populistas, la veracidad de los hechos tomados uno por uno no cuenta. Lo que cuenta como cierto es el mensaje en su conjunto, que se adecúa a la experiencia y sensaciones de estos. Frente a esta evidencia, es

12. N. del T.: la extrema derecha estadounidense ha tratado de renovar su imagen pública identificándose con el neologismo *«Alt-Right»* (de *«alternative right»*, o derecha alternativa).

inútil acumular datos y correcciones, siempre que la visión general de los gobiernos y partidos tradicionales se siga percibiendo por un número creciente de votantes como irrelevante respecto a la realidad.

Para combatir la ola populista, hay que comenzar por entenderla y no limitarse a condenarla, ni tampoco devaluarla como una nueva «época del esperpento¹³», tal y como ha hecho George Osborne, ex canciller del Exchequer¹⁴ de David Cameron, en el título de su último libro. El carnaval contemporáneo se nutre de dos ingredientes que no tienen nada de irracional: la ira de algunos ámbitos de la clase trabajadora, que se alimenta de motivos sociales y económicos reales; y una maquinaria de comunicación imponente, originalmente concebida con fines comerciales, que se ha convertido en el principal instrumento de quienes quieren multiplicar el caos.

Si bien he elegido, para este libro, centrarme en este segundo aspecto, ello no implica en modo alguno negar la importancia de las causas reales del descontento. Las acciones de los ingenieros del caos no lo explican todo, ni mucho menos. Lo que hace que estos personajes sean interesantes es más bien el hecho de que fueran capaces de instrumentalizar antes que nadie los signos de la transformación en curso, y la manera en que se han sabido aprovechar para pasar de los márgenes al centro del sistema. Para bien y, sobre todo, para mal, sus intuiciones, contradicciones e idiosincrasias son las de nuestro tiempo.

13. N. del T.: el término hispano «esperpento», acuñado por Ramón María del Valle-Inclán, se amolda al sentido que el autor quiere conceder al fenómeno con una expresión análoga en clave francesa, «Âge de la Dérision».

14. Equivalente al cargo de ministro de Hacienda en el Reino Unido.

El Silicon Valley del populismo

Los estadounidenses siempre parecen inofensivos. Especialmente cuando se hallan inmersos en el ambiente cínico e irresponsable de un lugar como Roma. Es algo que se debe seguramente a la expresión de su rostro o quizá a la manera que tienen de vestirse. El que está sentado frente a mí no es una excepción a la regla. Se dispone, por cierto, a gratificarme con un *muffin* antes de que me haya podido sentar en el canapé de su suite de hotel. Sin embargo, se trataría del diablo en persona. Incluso ha sido apodado Darth Vader. O el Gran Manipulador, según la revista *Time*. El actor político más peligroso de Estados Unidos, ha proclamado *Bloomberg News*. Y todo eso antes incluso de realizar una decisiva contribución a la elección de Donald Trump a la Casa Blanca, el 8 de noviembre de 2016.

Sus amigos afirman que, si se oye una explosión en algún sitio, es probable que sea porque Steve Bannon ande por ahí, con una caja de cerillas entre las manos. Y esa es la razón que lo trae a Roma al menos una vez al mes. En la ciudad eterna, el riesgo de acabar como el marciano de la historia de Ennio Flaiano¹ nunca está lejos: desembarcas la primera vez y te acogen como a un santo, el mundo se detiene y la gente te pasea a hombros. Luego, después de un tiempo, los romanos se acostumbran a ti, del mismo modo que se han habituado a cualquier cosa bajo el sol desde hace dos mil años, y acabas siendo increpado por los niños en la calle con un «¡Oye, tú, el marciano!». Pero, de momento, Bannon todavía se encuentra en estado de gracia. Concede entrevistas, participa en reuniones, charla a menudo con Matteo Salvini y Luigi Di Maio,

1. Ennio Flaiano (1910-1972), escritor y periodista italiano, autor del cuento satírico «*Un marziano a Roma*» (1954), adaptado para la Rai, la televisión pública italiana, en 1983.

por quienes muestra una admiración sin límites. En los momentos de reposo, se recupera en su suite del Hôtel de Russie. Al fin y al cabo, este lugar legendario, a donde acudían las princesas y los consejeros del zar, le conviene. No por asuntos contemporáneos de oligarcas y manipulaciones electorales. Más bien porque Bannon es un poco el Trotsky de la revolución populista, una mezcla de ideólogo y de hombre de acción que tiene la ambición, con su «Movimiento», de incitar a las masas populares europeas a rebelarse contra lo que él define como «el partido de Davos».

Cuando se le pregunta cuál es su papel en este movimiento, Bannon, modesto, se hace el longui. «*Soy un estudiante global del movimiento populista y vengo aquí a aprender*». Pero la respuesta real es un poco más ambiciosa.

Siempre vestido con dos camisas superpuestas, Bannon es un producto nato de la clase obrera estadounidense que, gracias a su talento y a su ambición, ha atravesado todos los lugares simbólicos del poder americano —el ejército, Virginia Tech, Georgetown, Harvard Business School, Goldman Sachs, luego Hollywood y finalmente Washington— sin renunciar nunca a su resentimiento de origen, sino, al contrario, acumulando agravios por doquier para asaltar a capa y espada el mundo de las élites, que él considera una casta blindada de traidores del pueblo.

Tras los pasos de su maestro Andrew Breitbart, fundador del sitio homónimo de contrainformación, Bannon fue uno de los primeros en comprender que «*politics is downstream from culture*²», la política deriva de la cultura. Desde los

2. N. del T.: en el original en inglés. Traducción: la política es tributaria de la cultura (al encontrarse, metafóricamente, «río abajo»).

inicios, luchó para arrebatarse a la *intelligentsia* progresista³ el centro de la hegemonía cultural. Así, en Hollywood, se embarcó en la producción de documentales extremadamente *kitsch*, repletos de citas filosóficas y melodías wagnerianas, sobre el espíritu estadounidense, el choque de civilizaciones y la alternancia de las generaciones que fraguan la historia y determinan, por tanto, el curso de los acontecimientos. Y es por esta misma razón que, tras la muerte de su fundador, transformó *Breitbart News* en punto de encuentro de la derecha alternativa estadounidense —una panda heterogénea de nacionalistas, de conspiracionistas, de milenaristas y de simples indignados, todos ellos determinados a imponer un punto de vista distinto sobre las principales cuestiones en el centro del debate: la inmigración, el libre comercio, el papel de las minorías y los derechos civiles—. A través de la apertura de una redacción en Texas para seguir de cerca el fenómeno de la inmigración clandestina, la financiación de *think tanks*⁴ destinados a estudiar los estragos causados por el *establishment*⁵ en general y por la familia Clinton en particular, la movilización de blogueros y troles para marcar el tono del debate en las redes sociales, y con la participación en el lanzamiento de una empresa de macrodatos⁶ aplicada a la política —Cambridge Analytica, que protagonizará un escándalo global poco tiempo más tarde—,

3. N. del T.: el autor usa el término «liberal» en el sentido originario con que se emplea en el mundo anglosajón (sinónimo de renovador, independiente, progresista).
4. N. del T.: en inglés en el original. Laboratorios de ideas (grupos de expertos compuestos por investigadores e intelectuales para la investigación estratégica).
5. N. del T.: poder establecido, élites políticas y económicas.
6. N. del T.: el autor usa «Big Data».

Bannon se convirtió en el hombre-orquesta del populismo estadounidense. De modo que, cuando el ciclón Trump golpeó las primarias republicanas en 2016, él estaba allí, listo para convertirse en la inspiración en la sombra y, más tarde, en el estratega oficial de la campaña más transgresora en la historia política de Estados Unidos.

Obviamente, después de las elecciones, Steve perdió un poco los estribos. Instalado en la oficina de asesor político del presidente, no resistió la tentación de escenificarlo. Para un estratega político, siempre es una mala idea largar sus propias ideas en la prensa en lugar de susurrarlas al oído del príncipe, especialmente cuando se trabaja para el símbolo viviente de la Era del Narcisismo⁷. Y, en efecto, un año después, Bannon fue expulsado de la Casa Blanca, mientras el líder del mundo libre tuiteaba este tipo de mensaje: «*Steve el baboso lloró y me imploró cuando lo despedí. Ahora, casi todo el mundo lo ha abandonado como a un perro. ¡Qué pena!*» (tuit presidencial del 6 de enero de 2018).

Pero pocos de los que se mueven en el mundillo de los soberanistas populistas tienen el cerebro, la experiencia y las relaciones de Bannon. Así, en el lapso de unos meses, se topó de bruces con una perspectiva aún más ambiciosa: «*Lo que quiero —declaró en marzo de ese año al corresponsal en Roma del diario New York Times— es construir una infraestructura global para el movimiento populista global. Lo comprendí cuando Marine Le Pen me invitó al congreso de su partido en Lille. “¿Qué quieres que diga?” le demandé. “Di que no estamos solos”, me respondió*». Fue entonces cuando Bannon se dio cuenta de que había espacio para un oxímoron: la Internacional de los nacionalistas, una plataforma concebida para compartir

7. N. del T.: mayúscula del autor.

experiencias, ideas y recursos entre los distintos grupos activos en Europa y Estados Unidos. «*Estamos en el lado correcto de la historia. Incluso George Soros dijo, hace algún tiempo, que vivimos en tiempos revolucionarios...*».

Soros, el multimillonario húngaro que ha financiado movimientos democráticos en todo el mundo a través de su Sociedad Abierta, es a la vez la bestia negra y el sueño prohibido de los nuevos populistas globales. «*Es brillante —admite Bannon—. Perverso pero brillante*». Su amigo Orbán lo ha declarado proscrito en Hungría, pero a Bannon le gustaría crear una fundación que siguiera el modelo de la de Soros, con un impacto equivalente dedicado a una agenda completamente distinta: cerrar fronteras, revertir los procesos de globalización e integración europea, regresar a los estados-nación del pasado.

«*Las ideas más revolucionarias de nuestro tiempo empiezan siempre con la frase “érase una vez”*», dice el politólogo Mark Lilla. Y, según Bannon, el epicentro de esta revolución es en estos momentos Italia.

Es la razón por la que está aquí, sentado frente a mí en la suite del Hôtel de Russie, mientras que en torno suyo se revuelve inquieta su escolta personal —la antigua mano derecha de Nigel Farage, Raheem Kassam; el fundador del Instituto Dignitatis Humanae, Benjamin Harnwell; su sobrino (en atuendo deportivo) Sean Bannon; y un curioso ario que parece ser el producto de una experiencia eugénica sueca de la década de 1930—. Todos ellos se esmeran en producir el ambiente saturado de testosterona que caracteriza el cuartel general de todas las revoluciones que se precien, y en particular de las nacionales-populistas.

«*Roma es, una vez más, el centro del universo político —dice Bannon—. Porque es aquí donde ha ocurrido algo*

inaudito. Aquí, los populistas de la derecha y la izquierda acordaron dejar a un lado sus diferencias y unirse para restaurar el poder del pueblo italiano, usurpado por el partido de Davos. Es como si Bernie Sanders y Donald Trump hubieran llegado a una entente. En los Estados Unidos, no lo hemos conseguido, pero vosotros, vosotros lo habéis hecho. Lo que está en juego en Italia es la naturaleza misma de la soberanía: del resultado de esta experiencia depende el destino de la revuelta de los pueblos que quieren recuperar el poder de las garras de las élites globales que se lo usurparon. Si funciona en Italia, puede hacerlo en todas partes. He aquí la razón por la que representáis el futuro de la política mundial».

El discurso de Bannon es halagador, pero en realidad no es la primera vez que un observador anglosajón ha considerado los embrollos políticos de la península itálica como un modelo a seguir. «Vuestro movimiento ha prestado servicio al mundo entero —había proclamado Winston Churchill mientras se dirigía a los fascistas italianos a finales de la década de 1920—. Italia ha demostrado que hay una manera de luchar contra las fuerzas subversivas. Esta modalidad consiste en llamar a la masa del pueblo a cooperar para defender el honor y la estabilidad de la sociedad civilizada. Ha producido el antídoto necesario contra el veneno soviético. A partir de ahora, ninguna nación será privada de los medios para protegerse de este cáncer, y todo líder responsable de no importa qué país siente que sus pies están más firmemente plantados en resistencia a las doctrinas de la nivelación y el cinismo».

A lo largo del siglo XX, Italia se convertía en el laboratorio en el que se pondrían a prueba experiencias políticas desenfrenadas, a menudo destinadas a ser reproducidas, de forma diversa, en otras partes del mundo. El fascismo constituyó la primera y la más repleta de repercusiones, pero, tras

su colapso, Italia también alumbró el partido comunista más grande de Europa occidental, para convertirse en el teatro privilegiado de todas las maniobras y tensiones de la Guerra Fría. Y, con la caída del Muro de Berlín, la península itálica se convertiría en el Silicon Valley del populismo, al anticiparse en casi veinte años a la gran revuelta contra el poder establecido que hoy sacude todo el hemisferio occidental.

Si Heinrich Mann decía de Napoleón que era una bala de cañón lanzada por la Revolución francesa, se podría decir, en toda proporción, que Grillo y Salvini son las balas de cañón lanzadas por *Tangentopoli*⁸, la revolución judicial que decapitó a la clase política italiana a principios de la década de 1990, la cual marcaría el inicio de la interminable era del rechazo de las élites y el desafecto hacia la política. Entre 1992 y 1994, la clase política del país fue anulada: la mitad de los miembros del Parlamento pertenecientes a partidos gubernamentales fueron sometidos a investigación, algunos de sus líderes fueron encarcelados y otros huyeron al extranjero. Los dos partidos que se habían alternado en el Gobierno de la república, la democracia cristiana y el partido socialista, fueron borrados del mapa en cuestión de pocas semanas. La operación Manos Limpias representaba ya, en esencia, un enfoque populista: los pequeños jueces contra las élites corruptas. «*Cuando la gente aplaude, se aplaude a sí misma*», declaraba entonces el fiscal general de Milán, Francesco Saverio Borrelli. Y no es una casualidad que varios de los magistrados que habían protagonizado las investigaciones

8. N. del T.: cursiva del autor. *Tangentopoli* (del italiano «tangente», ‘soborno’) fue un proceso judicial anticorrupción también conocido como «*Mani pulite*» (Manos Limpias), puesto en marcha en 1992, en el que tuvieron que declarar más de 4000 empresarios y políticos italianos.

anticorrupción entraran en política a continuación, fundaran partidos, salieran elegidos en el Parlamento y llegaran a ser ministros y alcaldes de ciudades importantes.

Desde ese momento, los italianos no han hecho más que salir a la búsqueda de élites alternativas para gobernar el país en sustitución de los políticos de carrera, desacreditados, corruptos e incompetentes. La izquierda fue la primera en mover ficha, al apoyar sin paliativos la acción de los magistrados de Manos Limpias, para más tarde dar vida, en la primavera de 1993, al primer Gobierno «técnico» de la historia republicana. Un ejecutivo presidido por el antiguo gobernador del Banco de Italia, Carlo Azeglio Ciampi, y compuesto exclusivamente por ministros no políticos, elegidos de las filas del mundo académico y la administración pública. Durante este período, empezaba a florecer entre los progresistas el mito de una «sociedad civil» virtuosa y no corrompida de la que habría surgido la nueva clase dirigente de la península itálica. Pero, poco después, Berlusconi abrió paso para manifestar que el poder debía ser administrado por empresarios y gerentes, los verdaderos productores de riqueza del país, a diferencia de una clase política compuesta por holgazanes. De su mano, llegarían al Gobierno los regionalistas de la Liga y los ex fascistas de Alleanza Nazionale, un bloque variopinto unido en el rechazo de la «Roma ladrona»⁹.

En los años siguientes, el Cavaliere continuó dominando la política italiana hasta prácticamente finales de 2011, cuando se vio obligado a renunciar tras una serie de

9. N. del T.: en el texto en francés, la expresión aparece también en el italiano original, «Roma ladrona», que coincide con la expresión en castellano y recuerda pulsiones populistas muy similares en la península ibérica desde la periferia hacia el centro.

escándalos en su vida personal. Desde ese momento, se concatenaron tanto el intento de Mario Monti de establecer un «Gobierno de los competentes» como la tentativa de la centroizquierda de dar un balón de oxígeno a la política tradicional a través del liderazgo innovador de Matteo Renzi.

Las elecciones de marzo de 2018, que vieron el triunfo del Movimiento 5 Estrellas y la Liga, constituyeron la quiebra definitiva de estos intentos y la transformación de Italia en la tierra prometida del populismo real. De este modo, se materializaba, por primera vez en un país occidental importante, la convergencia entre los populismos de derecha e izquierda que tanto encorajinó la imaginación —y la ambición— de Steve Bannon. Para él, lo que se está produciendo no es nada menos que un choque de civilizaciones.

«Si hay algo que admiro de Merkel y Macron —dice—, es que no ocultan su agenda. Es importante que la gente lo entienda: ¡no hay ninguna conspiración! Todo se explica abiertamente en plena luz del día. Hace un año, Macron dio un discurso en el que detallaba las consecuencias lógicas del proyecto europeo, de la visión de Jean Monnet. De una manera detallada y coherente. Se trata de un proyecto compuesto por una integración política adicional, una integración comercial adicional y una integración de los mercados de capitales adicional. Así que, en la práctica, se trata de los Estados Unidos de Europa, donde Italia se convierte en Carolina del Sur con respecto a Francia, que sería Carolina del Norte, ¿vale? Por tanto, si uno cree en este proyecto, si a uno le atrae, ello implica que uno cree en el proyecto de Macron. Salvini, Orban, Marine Le Pen y las otras voces del movimiento nacional populista dicen, por lo que respecta a ellas, que no. La confrontación se manifiesta aquí entre quienes, en Europa, creen que los

estados-nación son un obstáculo que superar y los que creen que son una joya que hay que preservar».

Desde nuestro encuentro, el proyecto de Steve Bannon ha sufrido varios reveses: la mayoría de los partidos que se suponía que terminarían bajo el liderazgo de la organización del ideólogo estadounidense le han fallado y el Estado italiano lo ha expulsado incluso del monasterio del siglo XIII que pretendía transformar en una escuela de formación para sus «gladiadores del pueblo». No obstante, su idea paradójica de una Internacional Nacionalista ha seguido creciendo en todas partes. Tanto es así que, como se ha visto en la mayoría de los casos, la única campaña conjunta real de cara a las elecciones europeas de mayo de 2019 fue la emprendida por los partidos antieuropeos, que se congregaron además en Milán para un mitin conjunto en la explanada del Duomo¹⁰.

Los intercambios y colaboraciones entre nacionalistas se han multiplicado, asimismo, a todos los niveles. Con el apoyo financiero de la fundación Secure America Now, la agencia de marketing y relaciones públicas digital Harris Media pudo crear vídeos antimusulmanes y antiinmigración que lograron una dimensión viral a ambos lados del Atlántico. El mismo organismo desempeñaría un rol fundamental en la propaganda de la AfD en Alemania, al transmitir a través de la red campañas publicitarias orientadas a distintas audiencias: mensajes sobre seguridad para las madres; mensajes sobre desempleo para los trabajadores; y así sucesivamente. En España, el auge del partido de extrema derecha Vox se ha apoyado sobre una red internacional de donantes que incluye desde multimillonarios

10. N. del T.: Piazza del Duomo (Plaza de la Catedral) de Milán, centro neurálgico de la ciudad y epicentro simbólico del pujante norte italiano.

ultraconservadores estadounidenses hasta oligarcas rusos, pasando por la princesa de Thurn y Taxis¹¹, reunidos en torno a la fundación CitizenGo, con sede en Madrid. La organización se hizo un nombre poniendo carteles publicitarios en autobuses municipales de varias ciudades españolas en los que aparecía Adolf Hitler con los labios pintados de carmín y la etiqueta #feminazis.

Si, en el pasado, los movimientos nacionalistas europeos se dividían por unos orígenes y programas que los ponían automáticamente en conflicto entre sí, hoy los puntos en común tienden a tomar el control. Basta pensar en la cuestión de Tirol del Sur, adscrita a Italia, que ha dividido durante mucho tiempo a los nacionalistas italianos y austríacos. Hoy en día, tal y como escribe Anne Applebaum, *«la aversión a los matrimonios gay y a los taxistas africanos es un sentimiento que incluso los austríacos e italianos, que no están de acuerdo sobre la ubicación de su frontera, pueden compartir»*. En su etapa de ministro de Interior, Matteo Salvini se había inspirado sistemáticamente, por cierto, en el modelo de su homólogo austríaco, el ideólogo ultranacionalista Herbert Kickl, que había multiplicado las provocaciones en contra de la inmigración y del islam, y utilizado los medios del Estado, incluida la policía, para reforzar su propaganda identitaria.

Dicho esto, si a veces los italianos se apropian de ideas que vienen de fuera, por lo general es el proceso inverso lo que sucede. En el seno de la Internacional Nacionalista, Italia sigue desempeñando el papel del laboratorio más avanzado de innovación política, un Silicon Valley del populismo adonde los ingenieros del caos —no solo Bannon— acuden en peregrinación para escrutar los últimos hallazgos de los nietos de

11. N. del T.: Gloria de Thurn y Taxis, aristócrata católica alemana.

Maquiavelo. *The Guardian* dedicaría un extenso reportaje¹² a explicar el modo en que Nigel Farage y Arron Banks habían sido capaces de crear, en solo dos meses, un partido político, el Brexit Party, que ganaría las elecciones europeas de 2019, con el 32 % de los votos en Gran Bretaña, gracias a la adopción del modelo del Movimiento 5 Estrellas italiano. «*El partido del Brexit es la copia exacta del Movimiento 5 Estrellas —declaraba Banks—. Lo que las 5 Estrellas han hecho, y que nosotros tratamos de hacer con el Partido del Brexit, es tener una estructura central muy controlada, casi una dictadura en el núcleo, lo que impide que los zumbados se hagan con el mando*». Antes que Banks, el propio Nigel Farage había aclarado en una entrevista de 2015: «*Si creara UKIP ahora, ¿dedicaría 20 años a organizar reuniones en cada pueblo o fundaría el partido a partir del modelo Grillo? Sé exactamente lo que haría*».

El ejemplo de Banks y Farage es importante porque vislumbra el punto esencial del caso italiano, ignorado en medio de las alarmas sobre el ascenso de la extrema derecha y el retorno del fascismo que se han multiplicado en los últimos tiempos. Lo que se está jugando en Italia no es la reedición de los años 1920 o 1930 del siglo pasado. Lo que acontece en realidad es la emergencia de una nueva modalidad política alumbrada por Internet y las nuevas tecnologías.

Desde este punto de vista, mientras que Matteo Salvini representa posiblemente la figura más llamativa de la coyuntura política, el fenómeno más interesante es en realidad el Movimiento 5 Estrellas. De hecho, fue esta organización la que

12. Loucaides, Darren, 21 de mayo de 2019: «*Building the Brexit party: how Nigel Farage copied Italy's digital populists*». *The Guardian* (<https://www.theguardian.com/politics/2019/may/21/brexit-party-nigel-farage-italy-digital-populists-five-star-movement>).

permitió a Salvini entrar en el juego, al posibilitar que una fuerza extremista minoritaria como la Liga accediera al Gobierno con el 17 % de los votos y aumentara su visibilidad, lo que inauguró su hegemonía cultural en el país. Y fue este mismo Movimiento el que privó a Salvini del poder al aliarse con la izquierda sobre la base de un programa proeuropeo, completamente lo contrario de aquel en el que se basaba su alianza con la Liga.

Los partidos xenófobos de derecha existen más o menos en toda Europa, con niveles de adhesión similares o incluso más elevados que los de la Liga de antes de la primavera de 2018. Pero no alcanzan la mayoría y, por lo general, no encuentran aliados dispuestos a gobernar con ellos. La auténtica especificidad italiana es el algoritmo postideológico del Movimiento 5 Estrellas, que acaparó un tercio de los votos de los italianos en las elecciones mediante una plataforma sin ningún contenido político y, por tanto, presta a ser instrumentalizada por cualquiera para llegar al poder, ya se trate de Salvini o de sus adversarios proeuropeos del Partido Demócrata.

Lo que convierte a Italia en el Silicon Valley del populismo es que aquí, por primera vez, el poder ha sido tomado por una nueva modalidad de tecnopopulismo postideológico, sustentado no ya sobre ideas, sino sobre algoritmos desarrollados por ingenieros del caos. No se trata, como en otros lugares, de políticos que contratan perfiles técnicos, sino más bien de perfiles técnicos que toman directamente las riendas del movimiento mediante la fundación de un partido y la elección de los candidatos que más se ajustan a su visión, hasta asumir el control del gobierno de toda la nación.

Esta historia es poco conocida fuera de Italia, pero merece ser contada para empezar, así, a delimitar las fronteras de la *terra incognita* en la que nuestras democracias han empezado a desmoronarse.